

Gracias de Javier Neves Mujica en la graduación de la promoción 1990-II (22/12/90)

Amigos:

Gracias, en primer lugar, infinitamente, por el título conferido, pero más aún por la realidad que lo explica: esta vinculación intensa que nos liga desde el tercer ciclo y para siempre.

Para mí, que tengo en la Universidad el principal espacio de mi vida, no podría haber satisfacción mayor.

¡Padrino de "Condonación"!; no lo pondré en la tarjeta para cobrar más a los clientes, porque no tengo clientes, ni siquiera tarjetas; lo llevaré en el alma toda la vida.

Gracias por el tiempo compartido, por la conversación, por la música, por el vino tinto, que según Quino, el creador de Mafalda, "no es una bebida, es una filosofía, una forma de estar en el mundo".

Por hacerme sentir tantas veces uno más entre ustedes.

Gracias, en suma, por la amistad, sentimiento solidario le llama Ribeyro, por ser el único necesariamente recíproco.

Vaya mi reconocimiento también por su influencia en el mejoramiento de mi curso y de mi propia formación con ustedes, a veces incluso por iniciativa de ustedes; hicimos los materiales de enseñanza, iniciamos experimentalmente las sesiones prácticas, reformamos el curso de Derecho Laboral.

Por ello, yo siento que ese curso es un producto conjunto de ustedes y mío, y también por ello puedo decirlo con gratitud, como lo he hecho con los jefes de práctica, entre los que hay alguno de ustedes: mucho de lo bueno que el curso tiene, se les debe atribuir.

Ese mismo impacto queda, por supuesto, en los demás cursos y en las otras instancias en las que algunos de ustedes dejaron su huella: el Taller de Derecho, la Revista "Themis", el Centro Federado, el Tercio Estudiantil, no serían los mismos sin el aporte de su promo-

ción.

Y es que lo esencial de una Universidad son, sin duda, sus estudiantes; aquélla es lo que éstos son.

Pero, a la vez, para definir su condición estudiantil, también la Universidad ha sido esencial por eso, ahora propóngase culminar sólo la etapa transitoria pero no la actitud permanente de estudiantes, para lo cual, yo les digo: llévense la Universidad en ustedes, "saqueénla"; no me refiero, claro, a los llamados valores inmobiliarios y mobiliarios, importantes en esta hermosa Universidad de venados y rosas, sino a los valores académicos y éticos, mucho mayores todavía en esta verdadera Universidad de pensamiento libre.

Carguen con lo que puedan de esto, y no se preocupen por los que quedan o los que vienen, porque la Universidad, a diferencia de los inmuebles y los muebles, es inagotable, ella podría expresar, como el personaje de Shakespeare: "cuanto más te doy, más me queda para darte, pues lo que te entrego y lo que guardo, todo es infinito" ojalá sea esto lo que han venido haciendo ustedes desde su ingreso: "robo sistemático", así lo tipifican. Por otro lado, la Universidad ha hecho lo mismo con ustedes, también ella los ha "saqueado"; de nuevo, no soy literal, no me refiero a las pensiones que ustedes pagaron por su enseñanza, me refiero al espíritu la Universidad los ha incorporado a ustedes, en su inteligencia, en su creatividad, en su alegría ambos han dado todo y ambos tienen ahora más, figura imposible en derecho de los contratos, pero no en las cosas del alma ojalá sientan ustedes, ahora que dejan el inmueble y los muebles de la Universidad, que lo demás les pertenece, forma parte de ustedes para siempre.

Sientan, fuera ya -Van Gogh lo escribió en una carta que "el molino ya no está, pero el viento sigue to-

avía".

Desde hoy son ustedes egresados (esta expresión, por si acaso, no tiene valor de certificado) y, esperamos todos, serán pronto graduados y titulados, y después profesionales en ejercicio, como informalmente, en verdad, lo vienen siendo desde su ingreso a la Facultad.

Tengan en cuenta que su convivencia con el derecho, que hacia atrás tiene una antigüedad de apenas cuatro años, hacia adelante tiene una perspectiva de toda la vida; no les será posible, en consecuencia, practicarla, si de veras no aman a su profesión.

Tal vez en esta materia, como en los derechos fundamentales, hay un contenido mínimo y otro máximo, que podría sintetizarse así: que su profesión les guste pero que no les baste.

Que les guste, porque creo que nadie puede convivir con lo que no quiere; incluso, si su disgusto fuera extremo, no habría sino que dejar el derecho; mis mejores amigos han tenido la valentía y la honestidad de hacerlo, sin consideraciones mercantiles de por medio, lo que me enorgullece sobremanera.

García Márquez, que estudió derecho y ejerció literatura, dice en una entrevista que escribe para que lo quieran: "quiero que me quieran por las cosas que hago"; he allí la meta de una vida; y nadie puede ser querido por lo que hace si, a su vez, no quiere lo que hace.

Que les guste, pues, pero que no les baste.

El Derecho no puede serles suficiente: está bien la norma y la doctrina y la sentencia y el contrato, pero no se olviden de Mozart, y de Kurosawa, y de Van Gogh, y de Withman, y de aquellos que para ser queridos no hicieron derecho, sino música, cine, pintura, poesía.

Recuerden a aquel señor "que nunca ha olido una flor, ni ha mirado una estrella, y que jamás ha

querido a nadie", a quien le dice "El Principito" que "eso no es un hombre, ¡es un hongo!".

La técnica importa, pero más que ella el hombre; los grandes juristas, sin duda, fueron también grandes humanistas; no nos resignemos a ejercer una profesión deshumanizada, en una sociedad cada vez menos humana.

Tengamos siempre en cuenta, además, que convivimos con una profesión que dice perseguir la razón, la verdad y la justicia, y no las encuentra; ¿se esconden bien o las busca mal?

Según las encuestas de opinión, la abogacía es la carrera más desprestigiada de nuestro país; sólo

nos ganan los políticos que, desgraciadamente, son en su mayoría abogados.

El descrédito es mayor en los sectores populares, que no acceden realmente a una administración de justicia, y son frecuentes víctimas del infame abuso de policías, abogados y jueces.

¡Cuántos siglos nos acusan!

Por eso, aquí, frente a sus padres y familiares, a sus compañeros, a sus profesores y autoridades, y, sobre todo, frente a María Inmaculada, cuya imagen no es un adorno en este jardín, y a su propia conciencia, hagan ustedes, hagamos todos, el juramento de no manchar el derecho ni mancharnos nosotros mis-

mos con su ejercicio.

Una última palabra, que resume mi mayor deseo para ustedes: sean jóvenes siempre, con lo de sencillos y claros y rebeldes y esperanzados, que eso significa; no se instalen nunca, ni en la mediocridad ni en la corrupción; tengan ideales y luchen por ellos, aunque sepan que serán vencidos; un poeta griego, Cavafis, lo expresa así: "Honor a aquéllos que en su vida/fijaron y defendieron unas Termópilas./ Sin jamás apartarse del deber;/ justos y rectos en todos sus actos/..." y añade luego: "Más honor aún se les debe/cuando prevén (y muchos son lo que prevén)/ que al fin llegará Efiltes/ y los medos por fin pasarán".

Muchas gracias.

